

de los soldados españoles. Por el contrario; parecía que las dificultades y los peligros aumentaban el espíritu y la constancia del reducido ejército. Hasta las mismas mujeres castellanas que habían acompañado á sus esposos en la penosa campaña, daban ejemplo de valor y de fortaleza, compartiendo con ellos las fatigas del servicio y los peligros del combate. Allí se encontraba embrazando la rodela y empuñando la espada, la valerosa María de Estrada, que se había hecho notable en la Noche Triste y en la batalla de Otumba; y allí, Isabel Rodríguez, Beatriz de Palacios, Juana Martín y Beatriz Bermudez, no menos notables que ella por su ánimo varonil. Ellas se dirigían muchas veces al sitio en que estaban de centinela sus esposos, y tomando sus armas, vigilaban para que ellos descansasen. Cuando Hernán Cortés, antes de salir de Tlaxcala, queriendo ahorrarles las penalidades del sitio, les aconsejó que se quedasen en la república amiga, contestaron con resolución invariable, «que no era acción digna de mujeres castellanas abandonar en el peligro á sus maridos; y que ellas cumpliendo con el sagrado deber que tenían, estaban resueltas á morir donde ellos muriesen (1).» Las obras no desmintieron jamás las palabras de las nuevas amazonas.

tenia, atribuye á disposición de Dios el que les supiese mal la carne de los cristianos: «Y parece ser,» dice, «como aquellos días se habían hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes.»

(1) «Que no era bien que mujeres castellanas dejasen á sus maridos, iendo á la guerra, y de donde ellos muriesen morirían ellas.»—Herrera. Historia general.

Resueltos los españoles á no abandonar la empresa acometida, se entregaron con doble afán á las operaciones de la campaña, desde el instante en que se alejaron de su lado los escuadrones aliados. Redoblando su vigilancia en los campamentos, impedían, con sus bergantines, la entrada de víveres en la capital, rechazaban los rudos ataques de los valientes sitiados y fortificaban sus puntos avanzados, amenazando con nuevos asaltos á los de la ciudad. Al mismo tiempo que atendían á mantener en todo su rigor el sitio, trabajaban en preparar el terreno para emprender nuevos asaltos sobre la plaza. Las tropas de Pedro de Alvarado empezaron á ocuparse en cegar y tapan la ancha zanja que se encontraba á corta distancia del campamento. Los soldados, remudándose por compañías, acarreaban adobes y madera, con infatigable empeño, y sus esfuerzos quedaron coronados á los cuatro días de esa penosa tarea, dejando sólidamente nivelado el piso. Igual operación practicaban en sus respectivos reales, las divisiones de Hernán Cortés y de Gonzalo de Sandoval, dando ejemplo de laboriosidad el mismo general, conduciendo personalmente adobes y maderas (1).

Por su parte nada descuidaba el activo emperador Guatemotzin para combatir á sus contrarios. Aunque no dudaba de la realización de la promesa del oráculo, hizo que se abriesen los fosos de la calle de Iztapalapan, cegados antes del asalto, construyó nuevas y formidables obras de

(1) «Y otro tanto hacía Cortés en su real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas y aberturas.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

fortificación, y fijando estacadas en los puntos convenientes de la laguna, ordenó que las canoas saliesen en todas direcciones para proveer de víveres á la capital.

Sin embargo, eran muy pocas las canoas que podían burlar la vigilancia de los bergantines, que cruzaban en diversas direcciones el lago. Habían encontrado la manera de romper á fuerza de vela y remo las estacadas, y perseguían sin temor de ninguna celada á las piraguas (1). Sensible fué para los mejicanos ver inutilizado el ardid de que hasta entonces se habían valido con buen éxito; pero no por esto cesaron de poner nuevas celadas, ni de salir en busca de provisiones.

Comprendiendo el monarca azteca que el cansancio y la fatiga eran dos armas terribles con que podría destruir á sus contrarios, multiplicaba día y noche los ataques sobre los campamentos, no dejándoles ni un solo instante de reposo.

Viendo el valiente jefe tlaxcalteca Chichimecatl que, desde la derrota sufrida, los españoles se mantenían á la defensiva, determinó, llevado de su amor á los combates y de su odio á los mejicanos, hacer una entrada en la ciudad con solo sus tlaxcaltecas. Residía en el campamento de Alvarado, y era muy estimado de los españo-

(1) «Y una cosa nos ayudó mucho, y es que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas que los mejicanos les habían hecho en la laguna para que zaboradasen; y es desta manera; que remaban con gran fuerza, y para que mas furia trujesen tomaban de algo atrás, y si hacia algun viento á todas velas y con los remos muy mejor; y así eran señores de la laguna, y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

les, por su extremado valor, su caballeridad y su ambición de gloria militar. Después de arengar á sus guerreros y de excitar su odio de venganza contra los mejicanos, salió del campamento español, al frente de sus legiones. Resuelto á dejar bien puestas las armas de la república ó á perecer en el combate, acometió con espantosa furia á los mejicanos que defendían los puntos avanzados. Ganó todos los fosos que tenían los sitiados en la calzada de Tacuba, y dejando cuatrocientos flecheros escogidos en la cortadura más ancha y difícil, con el fin de que en la retirada le asegurasen el paso, penetró con las demás fuerzas en la ciudad, dando espantosos alaridos de guerra, y gritando, «Tlaxcala, Tlaxcala.» Los mejicanos sostuvieron con admirable esfuerzo la lucha en la calle en que entró, asombrados de la osadía de sus contrarios. El combate fué reñido, y se sostuvo con igual valor de una y otra parte, siendo crecido el número de muertos y de heridos que ambos ejércitos tuvieron. Después de haber dejado bien puesto Chichimecatl el nombre de su provincia y de haber combatido alcanzando ventajas sobre sus enemigos, dispuso la vuelta hácia el campamento. Los mejicanos se lisonjearon con desbaratarle, destruirle y hacer gran número de prisioneros en el paso del ancho foso, en los momentos de replegarse. Al notar, por lo mismo, su movimiento de retracción, le acosaron de cerca en la retirada, persiguiéndole con espantosa furia. Los tlaxcaltecas se arrojaron al agua al llegar al foso, y cuando los mejicanos creyeron hacer una horrible carnicería en ellos, se encontraron con los cuatrocientos flecheros que descargaron una mortífera lluvia de dardos que les obligó á retroceder, mientras los

tlaxcaltecas pasaban tranquilamente la cortadura. Los aztecas, «quedaron, dice Cortés, admirados de la osadía de Chichimecatl,» y los españoles le recibieron con vivo entusiasmo en el campamento (1).

De grande alivio sirvió en aquellos instantes la llegada del capitán Andrés de Tapia, con sus noventa hombres, al campamento, de vuelta á su expedición á Cuernavaca. Había encontrado al ejército enemigo entre esta ciudad y Malinalco, le había derrotado completamente; y después de perseguir con terrible tenacidad, logró terminar felizmente la campaña, dejando tranquilos á los pueblos aliados que había ido á favorecer. Pero no parecía sino que la suerte se había propuesto poner á prueba la constancia de Cortés, sembrando de dificultades el camino, oponiendo obstáculos á la realización de su empresa. A un contra-tiempo seguía otro: á una dificultad otra mayor.

No habían transcurrido más que dos días desde la llegada de la expedición, cuando se presentaron á Hernán Cortés nuevos mensajeros, enviados por los pueblos otomites que habitaban el valle de Tollocan (Toluca) distante diez y seis leguas de la capital azteca. Manifestaron los otomites que los matlanzínquez, nación belicosa que habitaba el mismo valle, les habían incendiado varios lugares, hecho muchos prisioneros y arruinado sus siembras. Agregaron que se hallaban en combinación con los defenso-

(1) «Y como ya se venia retrayendo, los de la ciudad cargaron sobre ellos muy de golpe, y los de Tlascaltecal echáronse al agua, y con el favor de los flecheros pasaron; los enemigos, con la resistencia que en ellos fallaron, se quedaron, y aun bien espantados de la osadía que había tenido Chichimecatecle.»—Tercera carta de Cortés.

res de la capital de Méjico, para atacar, con numerosos escuadrones, los campamentos españoles por la parte de tierra firme, al mismo tiempo que tropas sitiadas debían asaltarles en sus cuarteles.

No era la primera vez que Hernán Cortés oía pronunciar el nombre matlanzínquez. Los mejicanos le habían amenazado con el poder de la guerrera nación metlanzínca, y no dudó que se disponía á realizar la amenaza. Con efecto, los matlanzínquez, al ver las cabezas de los españoles sacrificados, enviadas por el emperador Guatemotzin, anunciando la victoria alcanzada y la promesa del oráculo, empuñaron las armas para destruir á los otomites que se habían aliado á los castellanos.

La situación de los españoles en aquellos momentos, era aun más aflictiva que algunos días antes. Los esfuerzos que los mejicanos hacían para apoderarse de los campamentos, crecían á medida que se aproximaba el plazo señalado por los dioses. No cesaban un instante en la lucha, y sus «bravos escuadrones, dice el soldado cronista, se iban á juntar pié con pié con los enemigos, sin que bastasen á retraerles ni los arcabuces ni las ballestas ni las espadas (1).»

(1) «Volvamos á los grandes escuadrones que á la continúa nos daban guerra, que muy bravosos y victoriosos se venían á juntar pié con pié con nosotros.... Pues digamos el ruido y alarido que traían, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entonces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas ni estocadas que les dábamos, y nos venían á echar mano; y como después de Dios, nuestro buen pelear nos había de valer, teníamos muy reciamente contra ellos.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

Para atender á la solicitud de los otomites era preciso hacer un sacrificio. La posicion no podía ser mas crítica, ni el haber pedido el auxilio en tiempo mas borrascoso (1). Enviar una parte de las fuerzas á larga distancia del campamento, contra una nacion guerrera y bien poblada, era exponerla á perecer, y dejar en inminente peligro á los que quedaban al frente de la plaza. Pero Hernan Cortés estaba resuelto á perecer antes que manifestar que era impotente para socorrer á los que acudian á pedirle amparo. Conocia que, para sostener el prestigio, era preciso ocultar la debilidad bajo las apariencias de un poder sólido y fuerte. «Dios sabe el peligro en que todos iban, y aun en el que nosotros quedábamos,» dice en su tercera carta á Cárlos V; «pero como nos convenia mostrar mas esfuerzo y ánimo que nunca, y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza así con los amigos como con los enemigos.» Siendo difícil y de suma importancia la expedición, la confió al entendido y valiente capitan Gonzalo de Sandoval. El caballeroso jóven, aunque no acababa de sanar aun de sus heridas y habia trabajado sin descanso, vigilando en los tres campamentos, desempeñando las veces de general en jefe, se puso en camino sin pérdida de momento. La fuerza que llevaba se componia de cien infantes de espada y rodela, excepto uno que era balletero, diez y ocho de caballería y los escuadrones otomites que habian permanecido en el campamento (2).

(1) «Y aunque lo pedian en muy recio tiempo, etc.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «A Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor con diez y ocho de caballo y

La marcha de Gonzalo de Sandoval dejó en inminente peligro al fatigado y corto ejército español que quedaba enfrente de la plaza (1). No era menor el que la expedición llevaba. El uno quedaba expuesto á ser aniquilado

cien peones, en que habia solo un balletero, el cual se partió con ellos y con otra gente de los otomies, nuestros amigos.» (Tercera carta de Cortés.) Hay historiador que dice que el número de aliados que llevaba, ascendía á «sesenta mil.» Creo que entre lo que asegura Cortés, que fué quien los envió y debia por lo mismo saber lo que enviaba, y lo que diga cualquiera otro sobre ese punto, no debe titubearse. Las palabras «el cual se partió con ellos» (con los soldados españoles) «y con otra gente de los otomies,» manifiestan bien claramente que era corto el número y que solo se componia de otomites. Ni podia existir aun ese número en todos los campamentos cuando salió Gonzalo de Sandoval. Veamos. Salió Andrés de Tapia á Cuernavaca dos dias despues de la derrota, y diez que estuvo fuera, son doce. Dos dias despues de su llegada al campamento, esto es, á los catorce dias del asalto pidieron favor los otomites, saliendo á las pocas horas Gonzalo de Sandoval. Cotejamos ahora esta fecha con la que Bernal Diaz señala empezando á llegar á sus campamentos á las tropas aliadas que habian abandonado el sitio. «Y en aquestos trances y batallas,» dice el referido Bernal Diaz, «se habian pasado en el desbarate de Cortés, doce ó trece dias, como este Suchel, hermano de don Hernando, señor de Tezcoco, vió que volvíamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los mejicanos decian, que dentro diez dias nos habian de matar..... envió á decir á su hermano don Hernando; que luego enviase á Cortés, todo el poder que pudiera sacar de Tezcoco, y vinieron dentro de dos dias que él se lo envió á decir mas de dos mil hombres..... y asimismo en aquella sazon volvieron muchos tlascaltecas.» Es decir que á los quince dias despues de la derrota, empezaron á llegar los aliados; esto es un dia despues de salir Sandoval. Que no habia en los campamentos españoles fuerzas aliadas de alguna consideracion á la salida de Sandoval, lo demuestran estas otras palabras de Cortés. «Y Dios sabe el peligro en que todos iban, y aun en el que nosotros quedábamos.» No creo que con sesenta mil hombres marchase en peligro la division, ni quedase en muy grave quien, si los enviaba, seria porque contaba con mucho mas. El mismo temor que Cortés, manifiesta Bernal Diaz, probando así que se hallaban sin aliados. «Y sabe Dios cuales quedábamos con gran riesgo de nuestras personas.»

(1) «Y sabe Dios cuales quedábamos con gran riesgo de nuestras personas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

por las numerosas fuerzas de Guatemotzin que, envalentadas con el triunfo, amenazaban de continuo destruir á los sitiadores. La otra marchaba á combatir contra una nacion belicosa y muy poblada (1).

Del éxito de la expedicion, pendia la suerte de las tropas sitiadoras. De la firmeza de éstas, el porvenir de los que formaban la expedicion.

El descalabro de uno, envolveria en su ruina al otro.

(1) «Bien sabíamos que era grande.»—Tercera carta de Cortés.

CAPÍTULO XXIX.

Vuelven á sus campamentos los indios aliados.—Resultado de la expedicion de Sandoval contra los matlatzinquez.—Se unen nuevas provincias á los españoles.—Llega á Veracruz un barco con armas y pólvora.—Heróica constancia de Guatemotzin.—Nuevo plan de Cortés en sus ataques á la ciudad.—Acuden millares de indios con azadas para destruir los edificios.—Desecha Guatemotzin las proposiciones de Cortés.—Varios combates en la ciudad.—Demolicion de muchos edificios.—Horrible hambre en los sitiados.—Cortés se apodera de un templo en que encuentra varias cabezas de los españoles sacrificados.—Ganan las tropas de Cortés la plaza de Tlatelolco.—Situacion penosa de los mejicanos y noble determinacion.—Se construye una catapulta.—Desafío entre un capitan mejicano y un paje de Hernan Cortés.

Habian transcurrido trece dias desde la derrota sufrida por los españoles en el asalto dado al mercado de Tlatelolco (1). El plazo de diez auroras señaladas por el oráculo, habia espirado (2).

(1) «Habian pasado cuando el desbarate de Cortés, doce ó trece dias.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Lo que los mejicanos decian que dentro de diez dias nos habian de matar.»—El mismo.